

ageno de tener una hermana. Confesad, dije entonces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habeis tenido un encuentro y reconocimiento tan positivo como este.—Hijo, me respondió suspirando, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada con un amarguísimo pesar. ¡Dios mio! ¡en qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil veces menos sensible que ese trage odioso. . . .—Á fe, madre, le respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto que no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que érais; si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, miradme como á un cómico que representa el papel de un Turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulman como lo era en España; y en la realidad permanezco siempre en mi religion. Cuando sepais todas las aventuras que me han acontecido en este pais, me disculpáis. El amor fué la causa de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto me parezco algo á vos; fuera de que hay aun otra razon que debe templar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais experimentar en Argel una dura esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad, hasta que se nos proporcione ocasion oportuna para que todos podamos seguramente volver á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *No hay mal que por bien no venga.*

—Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estás resuelto á restituirte á tu patria y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entonces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en Castilla.—Sí, Señora, le repondí: espero que le tendreis, pues lo mas presto que sea posible, irémos todos tres á juntarnos á España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habeis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad.—No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio de los mas legítimos.—Pero, Señora, repliqué, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esa preeminencia que me negasteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdomé haberos oido decir mil veces en mi niñez que nunca perdonariais á una muger jóven y linda el sujetarse á un marido.—*Otros tiempos, otras costumbres,* respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus propósitos están mas sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en los suyos? Voy á contarle, continuó, la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion, que jamas olvidaré, y de la cual no quiero privaros, porque es curiosísima.

Habrà cosa de trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del marqués de Leganes. En aquel tiempo el duque de Medinaceli me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señalóme el dia, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener, y se le concedí, con la esperanza de que me lo pagaria bien, y así lo ejecutó. El dia siguiente me envió varios regalos, á que siguieron otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no duraria largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disgustarse, cada dia parecia mas embelesado de mi condescendencia. En suma, tuve el arte de asegurármele, y de impedir que su corazon, naturalmente voluble, se dejase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses hacia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su cariño seria durable, cuando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una casa donde se hallaba la duquesa esposa del duque, y habiamos ido á ella convidadas para oír un concierto de música de voces é instrumentos. Sentámonos casualmente un poco detras de la duquesa, la cual llevó muy á mal que yo me dejase ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme á decir por una criada que me suplicaba me saliese de allí al instante. Respondí á la criada con mucha grosería; de lo que irritada la duquesa se quejó á su esposo, el cual vino á mí, y me dijo:—Lucinda, sal prontamente de aquí: cuando los grandes señores se inclinan á mozelas como tú, no deben éstas olvidarse de lo que son: si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre las respetamos á éstas mucho mas que á vosotras; y siempre que tengais la insolencia de pretender igualaros con ellas, sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna que el duque me dijo todo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa; pero llorando de rabia por el desaire que habia recibido. Para mayor pesar mio, los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron, no sé como, todo lo que me habia pasado. No parece sino que hay algun diablillo asechador y zizaño que se divierte en descubrir á unos lo que sucede á otros. Hace, por ejemplo, un comediante en una francachela alguna estravagancia; acaba una comedianta de acomodarse con un mozo galan y adinerado; toda la compañía inmediatamente sabe hasta la mas ridícula menudencia. Así supieron mis compañeros quanto me habia pasado en el concierto, y sabe Dios cuánto se divertieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en



semejantes ocasiones. Con todo eso yo no hice caso de sus habladurías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, que no volvió á parecer por mi casa, y luego supe habia tomado amistad con una cantarina.

Miéntas una comedianta tiene la fortuna de ser aplaudida, nunca le faltan amantes; y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de apasionados luego que se esparció por Madrid la voz de que el duque me habia dejado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, mas enamorados de mis hechizos que antes, volvieron á porfía á galantearme. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entonces. Entre los que soliciaban mi favor, ninguno me pareció mas ansioso que un aleman gordo, gentilhombre del duque de Osuna. Su figura no era muy apreciable; pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en casa de su amo, y los prodigó por lograr la dicha de entrar en el número de mis amantes favorecidos. Este señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto, fué bien recibido; pero apénas se le apuró la bolsa, halló la puerta cerrada. Enfadado de este proceder mio, me fué á buscar á la comedia, dióme sus quejas, y porque me rei de él á sus hocicos, arrebatado de cólera me sacudió un bofeton á la tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al duque, que estaba en su aposento con su esposa la duquesa, me quejé á él en alta voz de los modales tudescos con que me habia tratado su gentilhombre. Mandó el duque seguir la comedia, diciendo que despues de ella oiria á las partes. Acabada la representacion me presenté muy alterada al duque, esponiendo mi queja con vehemencia. El aleman despachó su defensa en dos palabras, diciendo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre para repetirlo. El duque de Osuna, oidas las partes, y volviéndose al aleman, sentenció de esta manera:—Brutandorff, te despido de mi casa, y te prohibo que te presentes mas delante de mí, no porque has dado un bofeton á una comedianta, sino porque has faltado al respeto debido á tus amos, y turbado un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el alma. Apoderóse de mí una ira rabiosa, y un inesplicable furor al ver que no habian despedido al aleman por la ofensa que me habia hecho. Creía yo que un oprobio como aquel, cometido contra una comedianta, debia castigarse como un delito de lesa magestad, y contaba con que el tudesco padeceria una pena afflictiva. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personages que representa. Esto me disgustó del teatro en términos, que desde aquel punto





resolví dejarlo, é irme á vivir lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* á ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas; caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mis dias, pues mi ánimo era llevar una vida retirada. Tomé en aquella ciudad una casa pequeña, y no recibí mas familia que una criada y un paje, para quienes era tan desconocida como para todas las demas del vecindario. Fingí ser viuda de un empleado de la real casa, y que habia escogido para mi retiro la ciudad de Valencia, por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba con muy poca gente; y mi conducta era tan arreglada, que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido cómica. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una quinta propia, cerca de Paterna. Era un caballero bastante bien dispuesto, y como de treinta y cinco á cuarenta años; pero un noble muy adeudado; lo que no es mas raro en el reino de Valencia que en otros muchos paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo, quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. Á este fin despachó sus ocultos batidores para que averiguasen mis circunstancias, y por los informes que le dieron, tuvo el gusto de saber que yo era viuda, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dejó ver en mi casa una buena vieja, que me dijo de su parte que, prendado de mi honradez tanto como de mi hermosura, me ofrecia su mano, y que ratificaria esta oferta si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las calidades de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dijeron de él, aunque sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa casarme con él, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Jérica, este era el nombre de mi esposo, me condujo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aspecto de antigüedad, de lo que hacia mucha vanidad el dueño. Decia que la habia hecho edificar uno de sus progenitores; y de la vejez de la fábrica deducia que la familia de Jérica era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel bello monumento de nobleza, que porque no viniese á tierra lo habian apuntalado. ¡Qué dicha para Don Manuel la de haberse casado conmigo! Gastóse en reparos la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer gran figura en el pais; y héteme aquí en un nuevo mundo, por decirlo así, y convertida de repente en



señora de aldea y de hacienda. ¡Qué trasformacion! Era yo muy buena actriz para no saber representar y sostener el esplendor que correspondia á mi nuevo estado. Revestíame en todo de ciertos modales teatrales de nobleza, de magestad y desembarazo, que hacian formar en la aldea un alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh cuánto se hubieran divertido á costa mia si hubiesen sabido la verdad del hecho! ¡Con cuántos satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y cuánto hubieran rebajado los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes!

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de Don Manuel, al cabo de los cuales se le llevó Dios. Dejóme bastantes negocios que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazón contaba cuatro años de edad cumplidos. Nuestra quinta, que era á lo que estaban reducidos nuestros bienes, se hallaba por desgracia empeñada para seguridad de muchos acreedores; el principal de los cuales se llamaba Bernardo Astuto, nombre que le convenia perfectamente. Ejercia en Valencia el oficio de procurador, que desempeñaba como hombre consumado en todas las trampas de los pleitos, y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para saber mejor hacer injusticias. ¡Oh que terrible acreedor! Una quinta entre las uñas de semejante procurador, es lo mismo que una paloma en las garras de un milano. Por tanto el Señor Astuto, apenas supo la muerte de mi marido, puso sitio á mi pobre quinta. Infaliblemente la hubiera hecho volar con las minas que las supercherías legales comenzaban á formar, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso ésta que de enemigo se convirtiese en esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con motivo de nuestro pleito. Confieso que de mi parte hice cuanto pude para inspirarle amor, obligándome el deseo de salvar mi posesion á probar con él todos aquellos artificios que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con toda mi destreza creía no poder enganchar al procurador, tan embebecido en su oficio, que parecia incapaz de admitir ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel socarron, aquel marrajo, aquel empuerca papel, me miraba con mayor complacencia de la que yo pensaba.—Señora, me dijo un dia, yo no entiendo de enamorar: dedicado siempre á mi profesion, nunca he cuidado de aprender las reglas, los usos, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de eso, no ignoro lo esencial; y para ahorrar de palabras solo diré, que si vd. quiere casarse conmigo, quemarémos al instante el proceso, alejaré á los demas acreedores, que se han reunido conmigo para hacer vender su hacienda; vd. será dueña del usufructo, y su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me dejaron vacilar ni un solo

punto. Acepté al instante la proposicion; el procurador cumplió su palabra, volvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi quinta. Quizá fué esta la primera vez que supo servir bien á la viuda y al huérfano.

Llegué, pues á verme procuradora, sin dejar por eso de ser señora de aldea, aunque este matrimonio me perdió en el concepto de la nobleza valenciana. Las señoras de la primera distincion me miraron como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Vime precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratarme únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque tomé conocimiento con una escribana y dos procuradoras, cada una de un carácter muy digno de risa. Yo me divertia infinito de ver su ridiculez. Estas medio señoras se tenian por personas ilustres. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es una flaqueza universal. Cada uno cree que es mas que su vecino. En este particular toco ahora, que tan locas son las hidalgas de aldea, como las damas de teatro. Para castigarlas quisiera yo que se les obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, y apuesto cualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas visibles.

A los cuatro años de matrimonio cayó enfermo el Señor Astuto, y murió sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que el me dejó á lo que yo poseia, me hallé una viuda rica, y por tal me tenian. En virtud de esta fama, comenzó á obsequiarme un caballero siciliano, llamado Colifichini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dejando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo para ver la España; y despues de haber satisfecho su curiosidad, estaba en Valencia esperando, segun decia, ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque pequeño de cuerpo, bien plantado; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme á solas, y, te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé loca perdida por él. No quedó él menos enamorado de mí; y creo, Dios me lo perdone, que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si la muerte del procurador, que aun estaba muy reciente, me hubiera permitido hacer tan presto otra boda; porque desde que comencé á tomar inclinacion á los matrimonios, respetaba los estilos del mundo.

Convenimos, pues, en dilatar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Mientras tanto Colifichini proseguia obsequiándome, y lejos de entibiarse en su amor, se mostraba mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba sobrado de dinero; conocilo y procuré que nunca le fal-



tase. Además de que mi edad era doble de la suya, me acordaba de haber hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y miraba lo que daba como una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible, á que pasase el tiempo que prescribe á las viudas el ceremonial del respeto humano, para pasar á otras nupcias. Apenas llegó, cuando fuimos á la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi quinta, donde puedo decir que vivimos dos años, menos como esposos que como dos tiernos amantes. ¡Pero ay! que no nos habiamos unido para que nuestra dicha fuese duradera. Al cabo de este breve tiempo un dolor de costado me privó de mi adorado Colifichini.

Aquí no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndole:—¡Pues qué! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores.—Hijo mio, ¿cómo ha de ser? me respondió ella: ¿por ventura puedo yo alargar los días que el cielo tiene contados? Si he perdido tres maridos: ¿cómo lo he de remediar? A dos los lloré mucho: el que menos lágrimas me costó fué el procurador. Como me casé con él puramente por interes, tardé poco en consolarme de su muerte. Pero volviendo á Colifichini te diré que, algunos meses despues de muerto, deseando yo ver una casa de campo junto á Palermo, que me habia señalado para mi viudedad en nuestro contrato matrimonial, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viaje fuimos apresadas por los corsarios del bajá de Argel. Condujéronnos á esta ciudad, y por fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto, hubiéramos caído en manos de un amo desapiadado, que nos hubiera maltratado, y bajo cuya dura esclavitud quizá habriamos gemido toda la vida, sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

Tal fué, señores, la relacion que mi madre me hizo. Coloquéla despues en el mejor cuarto de mi casa, con la libertad de vivir como mejor le pareciese; cosa que fué muy de su gusto. Habíase arraigado tanto en ella el hábito de amar en virtud de tan repetidos actos, que no le era posible estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos en algunos de mis esclavos; hasta que finalmente llamó toda su atencion Haly Pegelin, renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróle éste un amor mucho mas vivo que el que habia tenido á Colifichini; y era tan diestra en agradar á los hombres, que halló el secreto de encantar tambien á éste. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me dí por desentendido de su trato, pen-

sando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el bajá para armar una embarcacion á fin de ir en corso á ejercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho días antes que se acabase dije á Lucinda:—Madre, presto saldremos de Argel, y dejaremos para siempre un lugar que tanto aborreceis.

Mudósele el color al oír estas palabras, y guardó un profundo silencio. Sorprendióme esto estrañamente, y le dije admirado:—¡Qué es esto, señora! ¡Qué novedad veo en vuestro semblante! Parece que os aflijo en vez de causaros alegría. Creia daros una noticia agradable participándoos que todo lo tengo dispuesto para nuestro viage: ¿no deseariais acaso restituiros á España?—No, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve allí tantos disgustos, que he renunciado á ella para siempre.—¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor: ¡ah señora! decid mas bien que el amor es quien os hace odiosa á vuestra patria. ¡Santos cielos, y qué mudanza! Cuando llegásteis á esta ciudad todo cuanto se os ponía delante os causaba horror; pero Haly Pegelin os hace mirar las cosas con otros ojos.—No lo niego, respondió Lucinda: es cierto que amo á este renegado, y quiero que sea mi cuarto marido.—¡Qué proyecto es el vuestro? interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un musulman! Sin duda habeis olvidado que sois cristiana, ó por mejor decir, solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo no hice sino por necesidad.

Otras muchas cosas le dije para disuadirla de aquel intento; pero fué predicar en desierto, porque se habia cerrado en ello. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinacion, dejándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente.—¡Ah infeliz Lucinda! le dije; si nada es capaz de conteneros, á lo menos abandonaos sola al furor que os posee, y no queráis conducir á una inocente al precipicio en que os apresurais á caer. Lucinda se marchó sin replicar, quizá por alguna vislumbre de luz que por entonces rayó en ella, y le impidió obstinarse en pedir su hija. Así lo creia yo; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dijo dos días despues:—Señor, mirad por vos. Un cautivo de Pegelin acaba de confiarme un secreto que no debo ocultaros, para que no perdais tiempo en aprovecharos de él. Vuestra madre ha mudado de religion, y para vengarse de vos por haberle negado su hija, está determinada á dar parte al bajá de vuestra prócsima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda era capaz de hacer todo lo que mi esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho, y estaba persuadido de que, á fuerza de representar papeles trágicos en el teatro, se habia familiarizado tanto con el crimen'